



EPISODIOS REVOLUCIONARIOS

LAS VACAS ⁽¹⁾

Había llovido tenazmente durante la noche; las ropas empapadas de agua y la insistencia del barro que se pegaba a los zapatos, dificultaban la marcha.

Amanecía; el sol del 26 de junio de 1908 se anunciaría tiñendo el horizonte con gasas color de sangre. La Revolución velaba con el puño levantado. El Des-

(1) El organizador de este movimiento fué Antonio de P. Araujo, quien a la sazón era director del periódico "Reforma, Libertad y Justicia."

"Reforma, Libertad y Justicia" era el lema adoptado por la Junta Revolucionaria del Partido Liberal Mexicano en su primer Manifiesto, expedido en Saint Louis, Missouri, el 1.^o de julio de 1906; lema que la misma Junta cambió por el de "Tierra y Libertad," desde 1911, en su Manifiesto de 23 de septiembre.

Quien lea con detenimiento y juzgue con criterio imparcial la historia de este gran movimiento revolucionario, el más hermoso que ha dado fama y prestigio mundial al pueblo mexicano, verá por una parte su marcha evolutiva siempre ascendente del movimiento y, por otra, la firmeza de carácter de Ricardo Flores Magón, iniciador y cerebro de la Revolución.

Por datos biográficos que hemos podido recoger, Magón, desde 1901, leía con gran interés literatura puramente anarquista; conocía las obras de Máximo Gorki, Pedro Kropotkin y Enrique Malatesta, y se explica, por esto, que al movimiento revolucionario mexicano, representado por la Junta de Saint Louis, se le imprimieran estas mismas tendencias. Y puede decirse que entre el Manifiesto puramente reformista de Saint Louis, Missouri, y el expedido el 23 de septiembre de 1911, existe un punto de transición en su marcha evolutiva revolucionaria, como preparación entre la Reforma y la Anarquía. Este escalón o preparación se nota en los artículos de Ricardo Flores Magón y los del inol-

potismo velaba también con el arma liberticida empuñada nerviosamente y el ojo azorado escrutando la maleza, donde flotaban aún las sombras indecisas de la noche.

El grupo de rebeldes hizo alto, a un kilómetro escaso del pueblo de Las Vacas. Se pasó lista. No llegaban a cuarenta los combatientes. Se tomaron las disposiciones iniciales para el ataque, organizando tres guerrillas: la del centro dirigida por Benjamín Canales, la de la derecha por Encarnación Díaz Guerra y José M. Rangel, y la de la izquierda por Basilio Ramírez; se indicó el cuartel como punto de reunión, barriendo con el enemigo que se encontraba en el trayecto.

El insomnio y la brega de largas horas con la tempestad y el fango del camino, no habían quebrantado los ánimos de los voluntarios de la libertad; en cada pupila brillaba un rayo de heroísmo, en cada frente resplandecía la conciencia del hombre emancipado. En el ligero viento del amanecer se aspiraba un ambiente de gloria. El sol nacía y la epopeya iba a escribirse con caracteres más rojos que el tinte fugaz de las gasas que se desvanecían en el espacio.

¡Compañeros!, dijo una voz (1), la hora tan largamente ansiada ha llegado por fin. ¡Vamos a morir o a conquistar la libertad! ¡Vamos a combatir por la Justicia de nuestra causa!

vidable Praxedis G. Guerrero, publicados en "Revolución," de Los Angeles, California, el año de 1907.

El plan bien marcado de la Junta, en la que desempeñaba el papel más importante Ricardo Flores Magón, era hacer labor revolucionaria anarquista en el seno del Partido Liberal, el partido revolucionario más avanzado y de más prestigio en México.

Los elementos nocivos o políticos, cuyas tendencias eran vivir en algún puesto público y medrar cómodamente sobre los hombros de los humildes esclavos del salario, fueron eliminándose sucesivamente del seno de la Junta.

(1) Esta voz fué de la de Jesús M. Rangel, el primero que se levantó en la frontera el año de 1906 para derrocar la tiranía de Porfirio Díaz. En 1908 fué uno de los comba-

En aquel momento un pintor épico habría podido copiar un cuadro admirable. ¡Qué de rostros interesantes! ¡Qué de actitudes expresivas y resueltas!.....

En marcha las tres diminutas columnas, con dirección al pueblo, llegaron al borde de un arroyo. De repente alguien, que iba a la cabeza, gritó: ¡Aquí están estos mochos! Y el arroyo fué atravesado rápidamente, con el agua a la cintura. Los soldados que estaban tendidos pecho a tierra entre los matorrales, se levantaron en desorden ante la acometida de los rebeldes, buscando, unos, abrigo en las casas, mientras otros desertaban pasando el río a nado para internarse a los Estados Unidos.

Las calles de Las Vavas fueron recorridas en pocos minutos, trabándose combates a quemarropa con el resto de la guarnición, que dividida en varias secciones y protegida por los edificios, pretendió detener a los libertarios. Canales, al frente de la guerrilla del centro, llegó el primero a pocos pasos del cuartel; las balas rodeaban su activa figura; sus grandes y bellos ojos, normalmente plácidos como los de un niño, brillaban intensamente; su clásico perfil se destacaba puro, viril, magnífico, en medio de la lluvia de acero; mas su lucha fué breve: disparando su carabina y dando vivas a la libertad, se acercaba a la puerta del cuartel, cuando recibió una infame bala en medio de su frente, de aquella frente suya tan hermosa, donde

tientes en la batalla de Las Vacas, Coah. Más tarde, después de haber cumplido una sentencia en una bastilla norteamericana, combatió en Chihuahua (1911) contra las fuerzas del maderismo, habiendo sido herido y hecho prisionero; y fué encerrado en la Penitenciaría Federal de México, D. F., hasta la muerte del pseudoapóstol de la democracia, Francisco I. Madero. Rangel se encuentra en la actualidad preso en la Penitenciaría de Hunstville, Texas, sufriendo la condena de 99 años de prisión que le fué impuesta por un jurado texano por supuesto homicidio, durante su marcha a territorio mexicano, en 1913, para luchar por los principios libertarios expuestos en el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

hicieron su hogar tantas aspiraciones justicieras, tantos sueños de libertad, donde tomaron alas tantos pensamientos nobles. Benjamín quedó muerto, con el cráneo deshecho y los brazos extendidos. No pudo ver lo que tanto deseaba: la libertad de México.

Desalojados repetidas veces los defensores de la tiranía, buscaban una posición que pudiera librarlos del ímpetu de los libertarios, que inferiores en número y armamento, se imponían por su temerario arrojo y su terrible precisión de tiradores. Al principiar el combate, los tiranistas llegaban a muy cerca de cien, entre soldados de línea y guardias fiscales; al cabo de dos horas su efectivo había descendido considerablemente por las deserciones y las balas. En ese primer período, en el cual muchas veces se dispararon las armas chamuscando la ropa del contrario, fué en el que cayó el mayor número de los nuestros.

El primero de todos, Pedro Miranda, el revolucionario por idiosincrasia a la vez que por convicción, el Pedro Miranda cuyos dichos mordaces se repiten todavía por los compañeros que lo trajeron; el que era la acción y la firmeza encarnadas en un cuerpo hecho a las luchas con la naturaleza y con los hombres de la injusticia; el mismo que pasaba los años trabajando sin descanso y dedicando a la Revolución cada centavo que salvaba de la rapiña burguesa. Sus carabinas, un arsenal siempre con perspectiva de aumento, se hallaban a toda hora listas para entrar en acción por la libertad. Entre los compañeros ha venido a ser proverbial esta condición invariable de las armas de Pedro; cuando se quiere significar que una persona o una cosa está en muy buenas condiciones, se dice: Está como las carabinas de Pedro Miranda. Sus palabras posteriores fueron: "Ya no puedo..... sigan ustedes....."

Néstor López, el activo y sincero propagandista admirable para encontrar recursos para la causa, quedó con una pierna rota a una cuadra del cuartel.

El valiente Modesto G. Ramírez, autor de una car-

ta llena de consciente heroísmo, escrita la víspera del combate y publicada más tarde por la Prensa norteamericana, cayó junto a una cerca de ramas, al lado de dos bravos, muertos minutos antes en aquel sitio fatal. Pasaba un compañero, y Modesto en la agonía le dijo: "Hermano, ¿cómo vamos?... Dame agua... y... sigue... adelante..."

Juan Maldonado encontró la muerte cuando osadamente avanzaba a desalojar al enemigo.

Emilio Munguía, un joven fríamente temerario, perdió también.

Antonio Martínez Peña, viejo y constante obrero de la causa, acabó allí su vida de sacrificios al exponer su cuerpo a muy corta distancia de la boca de los máusers.

Pedro Arreola, revolucionario y perseguido desde los tiempos de Garza, y por largos años uno de los hombres más temidos por los esbirros de la frontera de Coahuila y Tamaulipas, murió con la frase burlesca en los labios y el gesto del indomable en el semblante. Atravesado por una bala que le rompió la columna vertebral, arriba de la cintura, se esforzaba por alcanzar su carabina que había saltado lejos de él a tiempo de caer; un camarada se acercó y puso el arma en sus manos desfallecientes; sonrió, quiso, sin conseguirlo, colocar nuevo cartucho en la recámara de su carabina; interrogó sobre el aspecto que llevaba la lucha y en medio de su trágica sonrisa deslizó lentamente la última frase de su áspera filosofía: "La causa triunfará; no hagan caso de mí; no porque muere un chivo se acabará el ganado."

Manuel V. Velis, a menos de veinte metros del enemigo disparaba con asombrosa tranquilidad apoyándose en un delgado arbusto; contestando con mucha flemá todas las instancias que se le hacían para que abandonase aquel sitio barrido por las fusiladas, permaneció sirviendo de blanco hasta que casi agotada su cartuchera fué a reunirse a sus compañeros. Una bala salida de una casa dejó tendido a este sereno

luchador, a quien nadie vió reñir nunca; a este hombre de hábitos apacibles y laboriosos, de convicciones profundas de libertario, en quien la conciencia dominaba al temperamento.

Hubo otros muertos cuyos nombres no he podido recoger; ya en los momentos del combate se unieron a los nuestros. Se dice que uno era de Zaragoza; el otro vivía en Las Vacas, y al sentir el ruido de la pelea y oír las exclamaciones de los combatientes se despertó en él la solidaridad de oprimido; ciñóse la cartuchera, tomó su carabina, se echó a la calle y al grito de ¡Viva el Partido Liberal! se lanzó a pecho descubierto sobre los soldados del despotismo. Una fusilada lo dejó en medio de la calle.

Por largas cinco horas se prolongó el combate. Pero después de las dos primeras ya no fueron mortales los disparos de los tiranistas; su pulso se había alterado notablemente, no obstante que algunos tiraban a cubierto. Las carabinas libertarias hablaban eloquentes. Asomaba el cañón de un máuser y en diez segundos la madera de la caja saltaba hecha astillas por las balas del Winchester. Aparecía un chaco por alguna parte y presto volaba convertido en criba por los 30-30. Los libertarios estaban diezmados; había muchos heridos; pero su empuje era poderoso, su valor muy grande; Díaz Guerra se batía en primera fila con su revólver; sus viejos años, pasados en el destierro, se habían vuelto de repente los ligeros y audaces del guerrillero de la Intervención. Un fragmento de bala le hirió en la mejilla; otra bala disparada sobre él a quemarropa desde una ventana le atravesó un brazo. Esa herida costó el incendio de una casa. Se avisó que salieran de ella los no combatientes y se le prendió fuego. Rangel sostenía una lucha desigual; solo en un extremo tenía en jaque a un grupo de soldados, mandados por un sargento, que recortaban su figura de león enfurecido con el acero silbante de sus fusiles.

Por todas partes se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hom-

bre era un héroe; cada héroe un cuadro épico animado por el soplo de la epopeya.

Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado un hombro, otra una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fué a pegarle en un costado sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente, que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate.

Calixto Guerra, herido como estaba, se mantuvo en su puesto con bravura y energía admirables.

Los enemigos tuvieron también sus grandes hechos; los defensores de la tiranía y la esclavitud se revelaron en sus actos.

Un grupo de ocho soldados y un sargento se vieron cortados de sus compañeros y acometidos de flanco por el fuego de los rebeldes; junto a ellos estaba el cuartel, pero tenían para llegar a él que cruzar la calle que estaba en poder de cuatro rebeldes. Apurado el sargento por salir de la falsa posición en que lo había metido una de las bruscas acometidas de los libertarios, apareció en la calle agitando un pañuelo blanco en señal de paz, seguido de los soldados llevando los fusiles con las culatas hacia arriba; los rebeldes creyeron que se rendían y los dejaron avanzar; pero de pronto, cuando los traidores esbirros se hallaban próximos a la puerta del cuartel, volvieron los fusiles e hicieron fuego sobre los que habían perdonádoles la vida. Hicieron fuego sin efecto y corrieron a meterse al cuartel, menos tres, que no pudieron llegar. Las balas del 30-30 les evitaron para siempre la repetición de su cobarde estratagema.

En el cuartel había un montón de cadáveres; otros se veían en las calles. Las huellas de las balas se encontraban por todas partes. Las casas presentaban un aspecto desolador. Era después de las diez; el parque de los libertarios estaba agotado; los soldados de la tiranía no llegaban a quince, guarecidos en las casas

donde había familias; el resto eran muertos o desertores. El capitán, jefe de la guarnición, se defendió tenazmente con el triste valor de la fidelidad del siervo. Aquello había concluido en un triunfo completo para los revolucionarios, pero.... ya no había parque.... Rangel hizo un esfuerzo más; con cuatro tiros en el revólver y algunos compañeros con él, intentó un ataque decisivo; avanzó algo y recibió un balazo en un muslo: la última sangre de libertarios de aquella jornada tremenda.

Se inició la retirada; paso a paso fueron reuniéndose los supervivientes y abandonando el pueblo. Nadie quería dejar, con los cuerpos de tantos camaradas, una victoria que ya era suya. Pero... ya no había parque... Un rebelde se negó a salir; tenía algunos cartuchos; no iría con ellos sin completar el triunfo; escogió un lugar y él solo permaneció frente al enemigo hasta las tres de la tarde. La carabina vacía, la cartuchera desierta, se alejó, intocable para las balas, a continuar la lucha por la emancipación. Más tarde el nombre de este héroe, y los de todos los que tomaron parte en la acción de Las Vacas, se oirá, cuando de sacrificios y grandezas se hable.

Fracaso, murmuraron algunas voces.

Ejemplo, enseñanza, estímulo, episodio inmortal de una revolución que triunfará, dice la lógica.

VIESCA

La organización había sido trabajo laborioso ejecutado en medio de grandes dificultades y peligros. La indiscreción y cobardía de las masas, la vigilancia de las autoridades apoyada en la sucia labor de espías y delatores, la carencia de recursos monetarios, todo fué venciendo o esquivándose por los revolucionarios del Grupo de Viesca. Su organización adquirió vigor y consistencia al impulso constante que supieron emplear aquellos pocos trabajadores liberta-

rios. Una a una fueron reuniéndose armas para el Grupo; un día era una pistola, otro una carabina; poco a poco se las dotó de parque. Hubo que imponerse dobles privaciones, que trabajar triple de lo ordinario para ganar unas cuantas monedas más de las necesarias para pagar el derecho de vivir; pero al fin, cuando se aproximaba la fecha de la insurrección, se contaba con algunos elementos, valiosísimos desde el punto de vista de las condiciones miserables que rodean a todos los luchadores de principios.

La Revolución nunca ha tenido capitales. Los ricos, difícilmente llegan a militar en las luchas por la emancipación humana; cuando más, arriesgan alguna parte de sus capitales en tal o cual juego político. Son egoístas del tipo suicida: quieren para ellos hasta lo innecesario, aunque la pléthora los reviente. Por eso Tolstói y Kropotkine son dos tipos extraordinarios en estos tiempos.

La noche del 24 al 25 de junio, aniversario de los asesinatos de Veracruz, era la fecha indicada para iniciar la rebelión en distintas partes del país. El Grupo de Viesca se alistaba sigilosamente; se habían tomado minuciosas precauciones; pero todas ellas no pudieron impedir que sus trabajos se manifestaran tan claros y amenazadores que las autoridades principales del lugar, temerosas, huyeron la víspera del levantamiento. Además, la traición de Casas Grandes (1) reveló al Gobierno la existencia de la vasta conspiración, y lo que era más importante para el buen éxito de sus planes, la fecha en que comenzaría la agresión de los rebeldes. El telégrafo había comunicado órdenes apremiantes a todos los pueblos y ciudades para que las autoridades civiles y militares hicieran cuanto pudieran para sofocar la revolución, mientras se pre-

(1) "Barbarous Mexico" menciona que el Partido Revolucionario, representado por la Junta, contaba con cuarenta y seis grupos armados, listos para levantarse en México, siendo uno de los principales el de Casas Grandes (Chihuahua).

paraba un embajador a presentarse en Wáshington a pedir la más vergonzosa ayuda en favor de la tiranía mexicana (1).

A la medianoche se reunieron los compañeros; señalóse a cada quien su sitio y se puso manos a la

(1) Este acontecimiento se encuentra plenamente detallado en el "Barbarous Mexico," libro escrito por John Kenneth Turner, del que extractamos lo que sigue:

"A principios del mes de agosto de 1907 fué descubierto el lugar en que se encontraban los leaders liberales. Todo el testimonio indica que habían preparado de antemano un plan para plagiarlos, del mismo modo que el año anterior se había hecho con Manuel Sarabia en Arizona. En primer lugar, los agentes de policía habían tenido tiempo más que suficiente para obtener una orden de arresto; pero ni siquiera lo intentaron. En segundo lugar ellos escondieron un automóvil en la vecindad, que no podían usarlo después del arresto. En tercer lugar, cuando los dos hombres (Ricardo y Librado Rivera) se dieron cuenta de que se pretendía plagiarlos, gritaron a fin de llamar la atención del vecindario, y entonces los esbirros los golpearon brutalmente con sus pistolas hasta dejar a Magón botado en el suelo insensible y manando de su cuerpo sangre en abundancia. Todas estas circunstancias, que demuestran que había una conspiración para plagiarlos, fueron confirmadas con el testimonio directo de uno de los esbirros del cónsul mexicano de ese tiempo, quien confesó de plano que existía dicha combinación y que fué fraguada por el mismo cónsul." El autor del libro mencionado dice también que el concurso que al momento se recibió, nulificó el atentado, y que, cuando fueron entregados los prisioneros a la cárcel, la única acusación escrita enfrente de sus nombres, fué la de haberse resistido a los oficiales.

"Barbarous Mexico" hace notar también que el embajador Creel había llegado a Los Angeles procedente de Wáshington días antes, y que la noche anterior al arresto, varios capitalistas de los que habían obtenido grandes concesiones recientemente en México le dieron un banquete, en el cual Creel contrató a los mejores abogados del Sur de California para que en todo caso prestaran su concurso a fin de que los tan perseguidos liberales fueran pasados a México de cualquier modo. Estos abogados fueron Henry T. Gage, exgobernador del Estado de California; Gray, Barker y Bowen, asociados con Flint, senador de los Estados Unidos, y con Horace Appel.

Los esbirros que esa vez aprehendieron a nuestros compañeros, después de haberseles frustrado su inicuo cometido,

obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fué abierta cuan grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el Programa Liberal (1), y se declaró nulo el poder

fueron: Thomas H. Furlong, jefe de la Agencia de Detectives de Saint Louis, Mo., y otro esbirro de la misma procedencia, que la hacía de su asistente; de esta ciudad les ayudaron Talamantes y Rico, dos sujetos muy bien conocidos por su proceder.

Muchos meses antes del arresto de Magón y compañeros, circuló una noticia ofreciendo 20,000 dólares por su captura, y según un periódico publicado en esta ciudad, el tal Furlong se jactaba de manifestar que hacía tres años que andaba en persecución de Magón y compañeros; pero que no había perdido del todo ese tiempo, pues que durante él había puesto en manos del Gobierno mexicano ciento ochenta revolucionarios. También dijo entonces que harían todos los esfuerzos posibles para que sus perseguidos fueran pasados a Arizona, y de allí serían forzados a pasar la frontera. Debo añadir que una vez en la prisión los acusados, el procurador general de los Estados Unidos envió un telegrama al procurador del Distrito de Los Angeles en estos términos: "Arreglad el proceso de modo que sea imposible concederles el recurso de amparo a Magón y compañeros, pues deben ser pasados a México a toda costa." Este telegrama fué leído ante el Tribunal de la Corte Federal.

Los encargados de la defensa fueron los abogados Job Harriman y A. R. Holston, quienes en las sucesivas audiencias rechazaron los cargos de: "resistirse" a un oficial, robo, y robo criminal y asesinato de John Doe, que se hacían a sus defensores; sin embargo, éstos siguieron incomunicados y se les fijó la cantidad de 5,000 dólares como fianza, por mera fórmula, pues cuando la fianza iba a ser depositada, se les negó ese derecho. Al fin, después de tenerlos presos cerca de dos años, se les declaró culpables de conspiración para violar las leyes de neutralidad, diz que por el intento de lanzar una expedición armada contra el Gobierno que existía en México en ese tiempo, y fueron sentenciados a dieciocho meses de prisión, habiendo cumplido parte de esa condena en la prisión de Yuma, Arizona, y el resto en la penitenciaría de Florence, Ariz.—"Barbarous Mexico."

(1) El Programa Liberal expedido por la Junta en Saint Louis Missouri, el 1.^o de julio de 1906, programa

de la Dictadura. Se efectuó una requisita de caballos y se tomaron los escasos fondos que había en las oficinas públicas. La Revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencias o atropellos contra las familias o las personas neutrales.

José Lugo, que no había tomado parte en los preparativos, la tomó muy activa en los momentos de la acción.

La denuncia paralizó el movimiento de muchos grupos; otros, que pudieron levantarse oportunamente, faltaron a sus deberes de solidaridad, quedándose en un silencio bochornoso.

El Gobierno empezó a destacar tropas sobre la región lagunera, y entonces vino también sobre los valientes insurrectos de Viesca la inundación de la calumnia y de la injuria. Escritoruelos que ostentan el título de liberales y amigos de los proletarios, emprendieron la tarea de levantar contra los rebeldes el odio ciego de la patriotería nacional (1). Se insinuó unas veces, se aseguró otras, que las armas de los revolucionarios eran facilitadas por los Estados Unidos, que ávidos por adueñarse de México, lanzaban al

que después la misma Junta repudió en su Manifiesto de 23 de septiembre de 1911.

Hay que notar que el radicalismo revolucionario de la Junta fué marchando por etapas ascendentes en el seno mismo del Partido Liberal mexicano. Y en verdad que a muchos anarquistas podrá llamar la atención ese contraste. De aquí que pueda haber gentes que, juzgando superficialmente la labor revolucionaria de la Junta y que no conocen el origen evolutivo de su propaganda, ni su táctica para arrastrar al elemento más revolucionario en México que es el elemento liberal, crean políticos y no anarquistas a todos los miembros de ella. Por esto es que hay que estudiar a fondo su labor revolucionaria para formarse un concepto bien acertado.

(1) Como sucedió con el levantamiento preparado por la Junta Revolucionaria desde Los Angeles, California, para apoderarse de la Baja California y extender desde allá la Revolución emancipadora hacia el interior del país.

motín a unos malos mexicanos, traidores o ilusos, comparados como los de Panamá, como bandidos y forajidos. El epíteto más benigno que se les aplicó fué el de MITOTEROS.

De ese modo los “amigos del pueblo” manifestaron lo que son y lo que valen. Quisieron con sus pobres declamaciones facilitar el aplastamiento de los dignos por los mercenarios del poder y el patrioterismo ignorante de las masas. La brutalidad de la represión podía ejercerse sobre ellos tan ampliamente como agradara al despotismo; ya había entre los liberales mismos quien condenara a los pocos que, para vergüenza del rebaño, habían roto con la pasividad y la mansedumbre. Pero aquellas voces que traían todas las notas de las bajas pasiones, aquellos murmullos que eran el gruñido de una impotencia envidiosa, murieron al llegar al oído de los parias, hermanos de los BANDIDOS insumisos. A pesar de la cobardía, a pesar de la abyección y del envilecimiento que deprimen el carácter de las masas, no se dió entero crédito a la calumnia de los “amigos del pueblo.” En lo general, se amaba y se admiraba a los audaces que supieron enfrentarse resueltamente con el poder que espautaba a los viles. La evacuación de Viesca se impuso; los voluntarios de la libertad salieron de su recinto, despedidos por la mirada cariñosa y llena de esperanza de las mujeres proletarias, cuyas simpatías se despertaban delirantes por los transformadores de la paz y el orden, que llevaban sobre sus indómitas espaldas el título de BANDIDOS, como lo habían llevado todos los iniciadores de una reforma, como lo han merecido los libertadores de todas las épocas.

Hacia la serranía, hacia las montañas amigas, se encaminaron sus pasos. Allí el núcleo se quebró obedeciendo a un nuevo plan; la cantidad se descompuso en unidades proyectadas en todas direcciones, adonde irían a crear nuevas organizaciones rebeldes, repitiendo el fenómeno biológico de ciertas especies zoológicas que se reproducen en sus fragmentos.

Viesca dió a conocer caracteres como Lugo y otros, cuyos nombres todavía no es tiempo de mencionar.

Viesca desenmascaró a los liberales de conveniencia, y excluyó de la Revolución elementos dañados con el temor o la incompetencia (1).

En 1908 las tropas de la tiranía no vencieron en ninguna parte. La traición aplazó el triunfo de la Revolución: fué todo.

PALOMAS

Este capítulo de historia libertaria debería llamarse FRANCISCO MANRIQUE; debería llevar el nombre de aquel joven, casi niño, muerto por las balas de la tiranía el 1.^o de julio de 1908 en el poblacho fronterizo de Palomas. Los hechos trazan su silueta sobre el fondo borroso de esa jornada semidesconocida, que se esfuma en el gris panorama del desierto.

Apenas once libertarios pudieron reunirse cuando las persecuciones caían como granizo sobre el campo revolucionario (2). Once nada más para intentar con un audaz movimiento salvar la Revolución que parecía naufragar en la marejada de las traiciones y las cobardías.

Hadía brillado ya el alba roja de Las Vacas, y Viesca, evacuada por la Revolución, retumbaba todavía con el grito subversivo de nuestros BANDIDOS, cuando este grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó, con un puñado de

(1) Entre estos liberales y elementos atemorizados e incompetentes se cuentan varios "revolucionarios" que se eliminaron del movimiento de la Junta; más tarde figuraron como "generales" maderistas, carrancistas, convencionistas, etcétera.

(2) Entre ellos se encontraba el mismo Praxedis G. Guerrero, Francisco Manrique, Enrique Flores Magón, Manuel Banda y José Inés Salazar, quien más tarde trajo la Revolución, uniéndose a Victoriano Huerta.

cartuchos y unas cuantas bombas manufacturadas a toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo apercibido a recibirlo con incontables elementos de resistencia; contra la tiranía fortalecida por la estupidez, el temor y la infidencia, contra el secular despotismo que bunde sus tacones en la infamada alfombra de espaldas quietas que se llama pasivismo nacional.

Palomas se hallaba en el camino que debía seguir el Grupo; su captura no era de importancia para el desarrollo del plan estratégico adoptado, pero convenía atemorizar a los rurales y guardas fiscales que lo guarnecían para cruzar el desierto sin ser molestados por su vigilancia.

En el camino los hilos telegráficos fueron cortados de trecho en trecho.

Las carabinas empuñadas y listas a disparar, los sombreros echados hacia atrás, el paso cauteloso y a la vez firme, el oído atento a todos los sonidos y el ceño violentado para concentrar el rayo visual que batallaba con la negrura de la noche, los once revolucionarios llegaron a las proximidades de la Aduana. Dos bombas arrojadas a ella descubrieron que estaba vacía. Los rurales y los guardas fiscales, obligando a los hombres del lugar a tomar las armas, se habían encerrado en el cuartel. Antes de atacarlo se registraron las casas del trayecto para no dejar enemigos a la espalda, tranquilizando de paso a las mujeres, explicándoles el objeto de la revolución en breves frases.

Pronto se tocaron con las manos los adobes del cuartel, y pronto sus aspilleras y azoteas enseñaron, con los fogonazos de los fusiles, el número de sus defensores. Adentro había el doble o más de hombres que afuera. La lucha se trabó desigual para los que llegaban. Las paredes de adobe eran una magnífica defensa contra las balas del Winchester, y las bombas que hubieran resuelto en pocos segundos la situación, resultaron demasiado pequeñas.

Francisco Manrique, el primero en todos los peligros, se adelantó hasta la puerta del cuartel; ba-

tiéndose a pecho descubierto y a dos pasos de las traidoras aspilleras, que escupían plomo y acero, cayó mortalmente herido.

La lucha continuó; las balas siguieron silbando de alto abajo y de abajo hacia arriba. El horizonte palidecía con la proximidad del sol, y Pancho palidecía también, invadido por la muerte que avanzaba sobre su cuerpo horas antes altivo, ágil y temerario. El día se levantaba confundiéndo sus livideces con las de un astro de la revolución que se eclipsa.

Era necesario continuar la marcha hacia el corazón de las serranías. Era preciso llevar rápidamente el incendio de la rebelión a todos los lugares que se pudiera.

La última bomba sirvió para volar una puerta y sacar algunos caballos.

Pancho, desmayado, parecía haber muerto.

El interés de la Causa había sacrificado la vida de un luchador excepcional, y el mismo interés imponía cruelmente el abandono de su cuerpo frente aquellos muros de adobe salpicados con su sangre, espectadores de su agonía, testigos de su última y bella acción de sublime estoicismo.

Pancho volvió en sí poco después de la retirada de sus diez compañeros. Le interrogaron y tuvo la serenidad de contestar a todo, procurando con sus palabras ayudar indirectamente a sus amigos. Conservó su incógnito hasta morir, pensando lúcidamente que si su nombre verdadero se conocía, el despotismo, adivinando quiénes lo acompañaron, procuraría aniquilarlos si la Revolución era vencida. De él no pudieron saber ni proyectos, ni nombres: nada que sirviese a la tiranía.

Pancho amaba la verdad. Jamás mentía para esquivar una responsabilidad o adquirir un provecho. Su palabra era franca y leal, a veces ruda, pero siempre sincera. Y él, que habría desdoblado la vida y el bienestar comprados con una falsedad, murió mintiendo (mentira sublime), envuelto en el anónimo de un

nombre convencional —Otilio Madrid— para salvar a la Revolución y a sus compañeros.

Conocí a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en la misma banca. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y de la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la Revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo. Nadie como yo penetró en la belleza de sus intimidades: era un joven profundamente bueno, a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad.

Pancho renunció el empleo que tuvo en el ramo de Hacienda, en el Estado de Guanajuato, para convertirse en obrero y más tarde en esforzado paladín de la libertad, en aras de la cual sacrificó su existencia, tan llena de borrascas intensas y enormes dolores que supo domeñar con su voluntad de diamante. Sus dos grandes amores fueron su buena y excelente madre y la libertad. Vivió en la miseria, padeciendo la explotación y las injusticias burguesas, porque no quiso ser burgués ni explotador. Cuando murió su padre, renunció la herencia que le dejara. Pudiendo vivir en un puesto del Gobierno, se volvió su enemigo y lo combatió desde la cumbre de su miseria voluntaria y alta. Era un rebelde del tipo moral de Bakunin: la acción y el idealismo se amalgamaban armoniosamente en su cerebro. Dondequiera que la Revolución necesitaba de su actividad, allá iba él, hubiera o no dinero, porque sabía abrirse camino a fuerza de astucia, de energía y de sacrificios.

Ese fué el Otilio Madrid, a quien llamaron el CABECILLA de los BANDIDOS de Palomas. Ese fué el hombre que vivió para la verdad y expiró envuelto en una mentira sublime y en cuyos labios pálidos palpitaron en el último minuto dos nombres: el de su madre querida y el mío, el de su hermano que todavía vive para hacer justicia a su memoria y continuar la lucha en que él derramó su sangre; que vive para apostrofar al pasivismo de un pueblo con la heroica y juvenil silueta del sacrificado de Palomas....

¿Cuántos fueron los hombres del Gobierno que perecieron en este combate? La tiranía ha sabido ocultarlo.

La naturaleza se alió al despotismo.

El grupo fué vencido por esa terrible amazona del desierto: la Sed; llama que abrasa, serpiente que estrangula, ansia que enloquece; compañera voluptuosa de los inquietos y blandos médanos. Ni el sable ni el fusil.... La Sed, con la mueca indescriptible de sus caricias; tostando los labios con sus besos; secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía.... Y, a lo lejos, el miraje del lago cristalino, riendo del sediento que se arrastraba empuñando una carabina impotente para batir a la fierra amazona del desierto y mordiendo con rabia la hierba cenicienta sin sombra y sin jugo.

LA MUERTE DE LOS HEROES

Después del estremecimiento de Viesca, las prisiones recibieron abundante suplemento de huéspedes. Al lado del anciano y del hombre llegaba el adolescente a hundirse en la penumbra de los calabozos. Rebeldes y sospechosos se amontonaban confundidos en el infecto recinto de los presidios. Tras del espía y del soldado, se presentó el juez, con la consigna en el bolsillo. Los *culpables* comparecieron a responder de sus *delitos* ante la barra del despotismo. Desenvolvióse el proceso; un proceso como todos los que la ceguedad, el miedo y la pasión construyen. Se pronunció sentencia.

Lorenzo Robledo: veinte años de reclusión.

Lucio Chaires: quince años.

Juan B. Hernández: quince años.

Patricio Plendo: quince años.

Félix Hernández: quince años.

Gregorio Bedolla: quince años.
 Leandro Rosales: quince años.
 José Hernández: quince años.
 Andrés Vallejo: quince años.
 Juan Montelongo: tres años.
 Julián Cardona: quince años.

Los once, a Ulúa; al viejo Ulúa de las tinajas inquisitoriales.

Para José Lugo, la pena de muerte.

Su juventud vigorosa, su audacia, su personalidad simpática y resuelta hirieron la mente atrabiliaria de los verdugos. Fusilarian a la Revolución en el pecho de aquel joven tan valiente y altivo. El frío de su cadáver apagaría la brasa que chispeaba.

Lugo afrontó sin inmutarse las consecuencias de sus acciones de libertario; se negó a delatar a sus compañeros y abofeteó con su verbo de libertad y de justicia a los sicarios que le enviaron al patíbulo. La ejecución fué aplazándose, y Lugo vivió largos meses en la prisión, esperando diariamente la muerte con la tranquilidad del consciente; tratando con fraternal bondad al amigo que torpemente le entregó a los opresores. En sus labios no asomó nunca la recriminación o la queja.

Era inmenso aquel joven que espantó a sus jueces con la grandeza de su carácter.

Llegó al fin el momento que el despotismo creyó oportuno, y José Lugo fué conducido a un corral; quisieron ponerle una venda; la rechazó desdeñosamente; se colocó firme, sereno, sin alteración en el pulso, frente a la escuadra de soldados, que pálidos descargaron sus armas en pecho heroico.

Luego, la plancha; la exhibición salvaje de un cadáver agujereado para causar terror en los ánimos. Una madre desolada. La Tiranía más débil. La Revolución en pie. ¡José Lugo inmortal! Una fecha que no olvidaremos: 3 de agosto de 1908.

La ardiente Siberia yucateca tuvo un hermoso sacerdimiento de energías rebeldes; sus vibraciones llenan todavía la trágica aridez de sus estepas. La HI-

DRA, cortada en pedazos, se reproduce en cada uno de ellos.

Tras de Valladolid se repiten los hechos que sacudieron a Viesca. Henchimiento de cárceles, persecuciones absurdas, asesinatos inútiles, cobardes ensañamientos represivos.

Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos son llevados violentamente a un Consejo de Guerra: la "justicia" no fué allí el leguleyo artero y solapado, sino la bestia uniformada. Rápidamente, con la rapidez denunciadora del pánico oficial, se instruyó un sumario, y los tres rebeldes recibieron su sentencia de muerte, ya que no quisieron dedicar sus vidas a la sumisión y al servilismo. Su magnífica serenidad no se alteró al oír el fallo. Dos de ellos llamaron a las prometidas de sus amores para verificar sus bodas junto al cadalso; ¡mujeres fuertes, compañeras dignas de tales bravos! La vida palpitó intensamente sobre el abismo que se abría.

Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos rodaron por el suelo frente al cuadro fatídico, para levantarse como enseñanzas de fortaleza y rebeldía. Luego, el luto de las viudas. Los periódicos viles aplaudiendo o justificando a la "justicia." La Tiranía agonizante. ¡La Revolución en marcha! Un nuevo error apresurando el desquiciamiento del mundo viejo.

¡Y el pueblo?.....

¡Ah! Si Lugo, si Albertos, Ramírez Bonilla y Kankum no convuiven la conciencia de los mexicanos, yo negaré a ese pueblo hasta el desprecio de mi saliva!